

una de sus expresiones: el vejamen esta palabra tan recurrente en Cerruto lo será también en Shimose. En suma, la patria no es el Paraíso perdido por abandono, sino el Paraíso que, convertido en infierno por la historia, obliga a tantos al destierro.

Sin embargo, no todo es tan oscuro y cerrado en esta etapa de la poesía de Shimose, pues ella se abre a una dimensión hasta entonces casi inexistente en su obra: la amorosa o erótica que se inicia en *Caducidad del fuego* para alcanzar su máxima profundidad y su plenitud expresiva en dos o tres textos de *Reflexiones maquiavélicas*, uno de sus poemarios más importantes y logrados. El signo de este último libro: ni el entusiasmo ni el pesimismo sino la sabiduría; una sabiduría, es cierto, cargada de amargura y de escepticismo —de ahí su tono queda, su austeridad verbal distante de todo lujo expresivo— pero siempre purificados por la ironía y el humor.

Shimose revive a un Maquiavelo poeta, casi secreto, abrumado por la pobreza, marginal al poder, perseguido y encarcelado por éste; un Maquiavelo al cual Shimose bolivianiza al punto de hacerle decir deliciosamente: *Ahora, déjeme, por favor, tomar tranquilo mi matecito de coca*. Si los cuatro primeros poemas diseñan un retrato de la persona de Maquiavelo, ubicándola en el contexto social de su época, a partir de «Electrocardiograma» es el propio Maquiavelo quien escribe el poema. Cada texto se halla precedido de una cita extraída de sus tratados políticos (por lo general de *El príncipe*), de su correspondencia y de otras piezas literarias. La intertextualidad va creando una lectura dialéctica, paradójica, especular. Algunas veces, el poema refrenda el sentido del epígrafe, otras lo complementa y enriquece, y no pocas lo corrige o cuestiona irónicamente. Así, en «Pequeña salvedad», al texto citado («No hay que olvidar que es necesario ganarse a los hombres o deshacerse de ellos») el poema, esta vez escrito por Shimose, replica:

De acuerdo, Maquiavelo,
siempre que «ellos»
no seamos
nosotros.

Pese al tono nostálgico, a la visión negativa de la condición humana signada por la ingratitud y, peor que eso, por la voracidad (*El hombre no es bueno ni malo. / Es lobo.*), el libro rescata dos valores esenciales y suficientes para concluir, pese a todo, en una afirmación de esta vida y de este mundo. El primero: el principio del placer —léase del amor— que, opuesto al principio de poder que rige la historia, configuraría una cierta ventura: *Las ñatitas / en cambio, / le dieron la felicidad que nunca / conocerán / los poderosos*. se lee en «Maquiavelo y las mujeres». Ambos principios resumen dos actitudes o éticas diferentes y excluyentes entre sí. En tanto que el principio del poder reduce al hombre a mero instrumento, a peldaño o escalera, el del amor lo restituye a su condición de presencia que exhala y exalta el don de vivir. Más allá del simple hedonismo, el amor es Eros y ágape, complicidad en el placer y confraternidad en el dolor, fortaleza carnal y espiritual levantada contra la hostilidad del mundo social y político:

Quiero celebrar contigo
la alegría de estar vivo.

Sentir que la carne mañanea
mientras la gente
que ayer me adulaba
y me seguía
pidiéndome favores
finge no conocerme.

Al venir a este albergue
me he dado cuenta
de tu amor
y el deseo ha crecido
como un sol
sobre la ciudad dormida.

Tú no huyes de mí como si fuera un apestado.
Cerca de mi dolor
tú estás conmigo
bajo estas sábanas,
gimiendo, amando, ardiendo, suspirando,
mientras mis enemigos me injurian
y celebran mi destierro.

A tu lado
creo que soy más de lo que siempre
creí ser.

No siento envidia ni rencor,
ni temo al poderoso,
ni soy camaleón del que gobierna.

En ti me encuentro y en tus brazos
gozo lo que me queda de esta vida
que parece un sueño.

A Sandra di Piero

El segundo valor que el libro rescata es la poesía, o mejor, su práctica (lectura o escritura): *Desgarrado por la envidia que me tienen / sólo la poesía me consuela*, declara Maquiavelo poeta; defensa de la poesía que, a estas alturas, podría parecer ingenua y aun irrisoria. Sin embargo, no lo es tanto, ya que se trata de una reivindicación en un ámbito elemental, íntimo, ajeno al público y político en el cual se instalaba el poeta como profeta. Si éste, revestido de atributos excepcionales, ejercía la palabra como privilegio, es decir como una de las formas del poder, el poeta Maquiavelo lo hace como gratuidad gozosa, como gratificación. La poesía: vicio creador y recreador, ejercicio de la soberanía del espíritu.

Así sentidos el amor y la poesía³, las dos caras de un mismo sol humano, confi-

³ Destacados ambos valores, es preciso señalar que la exaltación de los mismos no implica un repliegue a una intimidad narcisista ni a la consecuente renuncia a la realidad social. El poema «El sueño de Maquiavelo» es, al respecto, muy claro.

guran la ética del desprendimiento y de la entrega. Con ellos, Maquiavelo y Shimose apuntan, sin énfasis para no caer en el impudor de la utopía, hacia un mundo libre, liberado de las pasiones y prisiones del apetito de poder— esa Hidra de siete y más cabezas.

En 1973, en un texto algo inconcluso y fragmentario, Shimose escribía:

Cuando el poder sea polvo
y el poderoso, olvido,
volverás a ser el mismo.
La vida entonces volverá a ser la tierra
siempre nueva.

Eduardo Mitre

Nuevos novelistas españoles

Alfredo Conde: *Memoria de Noa*¹

Paisaje y epopeya son un todo único en ciertas piezas literarias, en que los personajes y sus circunstancias son como un manto que arropa y al mismo tiempo ahoga al conjunto. La naturaleza está metida en el ser humano y dentro de él se retrata cobrando más vida cada vez que éste abre la boca.

El país gallego es uno acuoso por excelencia y no bastan las pinturas y fotografías, los partes meteorológicos y las leyendas para que los escritores nos recuerden la lluvia y la bruma en sus letras.

Describiendo de esta forma el escenario, comienza la novela de Alfredo Conde, *Memoria de Noa*, en que la reflexión profunda por el entorno patrio preocupa de forma especial a la protagonista que hace balance de su vida a partir del dictado que lo bucólico del ambiente parece inspirarle. Tan al fondo del alma le llega, que se siente flor y piedra, gota de agua y ráfaga de viento que la enajenan como nunca a los lares que contempla.

¹ Alfabuara. Madrid, 1984.

Tal planteamiento nos conduce enseguida a pensar que no somos solamente el presente, sino el pasado, y más que eso, el pasado de quienes estuvieron antes en este mundo. Acortando camino, las vicisitudes de los progenitores en el momento de conocerse y más importante aún, el episodio de la concepción de quien habla o rememora hechos. Todo esto es la materia prima con que cuenta la protagonista a la hora de empezar su balance. Sobre todo por lo atípico de la pareja de sus padres; él, un sacerdote, ella una mujer de clase acomodada, beata y temerosa de Dios.

En ningún momento hay reproche a la figura del padre, quien por la obvia posición de su cargo, no puede ejercer de padre a tiempo completo. La novela podría considerarse como un canto a la madurez; madurez un tanto precoz, pues arranca desde la infancia, se prolonga recta y hasta prolija a través de la adolescencia para desembocar en una adoración mítica en la edad adulta. El padre, a quien le llegan a nombrar obispo, es un mito al final de los hechos y podríamos decir en el curso de toda su existencia. En ningún momento desatiende sus deberes ni como progenitor ni como amante. Sabe desdoblarse para que su presencia cumpla a cabalidad con la misión que el destino le ha impuesto. Aunque nunca hay ni la más mínima mención al celibato sacerdotal, tampoco existe, ni siquiera de forma implícita, censura a semejante antigualla clerical. La familia acepta como algo anecdótico su condición y es más, la lleva hasta con orgullo, sentimiento nacido de la dignidad. Lo que en espíritus vulgares podría confundirse con petulancia o altanería, en los protagonistas de *Memoria de Noa* no es más que el refinamiento del concepto dignidad, difícil de emplear y hacer entender a seres desprovistos de semejante capacidad.

No falta la alusión política a la España de pasadas décadas, pues como se imaginará si se leen las solapas del libro, Alfredo Conde es un autor que por fuerza ha tenido que vivir las etapas de dictadura y transición. Nacido hace 40 años en Allariz (Orense) licenciado en historia, es actualmente diputado del Parlamento gallego. Pero Conde no se ha propuesto a escribir una novela de denuncia social, de las que tan provistos andamos en nuestro días. Si hay algo de denuncia social, la alusión apenas se percibe y hay que desenterrarla a base de hurgar en la epopeya, aunque no haya que excavar hasta el fondo. El solo hecho de que la protagonista sea hija de cura, prefigura ya un grado de conflictividad sociopolítica, pero que se desvanece casi al comienzo. El objeto de esta condición paterna no es más que el psicológico, pero no con la pretensión científica sospechada. Es más bien un recurso literario, aceptable para dar pie a la narración, una excusa para tejer un halo de misterio o de curiosa morbosidad.

Sobra, eso sí, un cierto recreo en la exposición de los elementos. Episodios completos que se podrían representar con la mitad de las palabras que el autor trae al texto. Excesivo refinamiento, para explicar algo que líneas abajo es nuevamente traído a colación. La narración cobra momentos de densidad y cae en el peligro de perder el ángel que en el fondo posee, pero la atenta lectura hace que tales cosas no ocurran. Claro que acudir a lo anterior no siempre es aconsejable, pues un no muy ensimismado lector puede cerrar el libro y no volverse a acordar de él o si lo hace,